

Política

“Me avergonzaría haber cedido al miedo”

Un reportaje de Enrique Santarén Fotografías Rubén Plaza



José Ramón Recalde, exconsejero socialista de Educación y de Justicia, y víctima de ETA, rememora el atentado que sufrió hace casi 15 años a las puertas de su casa cuando un desconocido le descerrajó un tiro a bocajarro. Tuvo suerte. Y lo cuenta.

Intentaron cerrarle la boca en innumerables ocasiones. Primero, la dictadura franquista, que lo detuvo, lo torturó y lo encarceló. Después, los violentos que apoyaban a ETA, mediante amenazas, pintadas y destrozos. Como no lograron callarle, fue finalmente ETA la que quiso sellarle los labios para siempre con un tiro en plena boca que a punto estuvo de costarle la vida, objetivo final de sus autores. Casi quince años después de aquel atentado, José Ramón Recalde relata sus vivencias en esta entrevista, una de las escasísimas que ha concedido. Continúa manteniendo su voz crítica, apenas quebrada por las evidentes secuelas que dejó la bala, al tiempo que, con la cabeza bien alta, pasea su dignidad intacta por las calles de Donostia.

Intelectual, doctor en Derecho por la UPV, catedrático en la Universidad de Deusto y animal político, José Ramón Recalde (Donostia, 1930) empezó pronto a militar en el PSOE

y en UGT, y ejerció de abogado laboralista. Fue consejero de Educación, Universidades e Investigación y posteriormente de Justicia en el Gobierno Vasco, en los ejecutivos de coalición entre nacionalistas y socialistas.

Habla con cierta dificultad debido a las múltiples lesiones que le dejó aquel balazo a bocajarro que recibió el 14 de septiembre de 2000 pero se le entiende a la perfección. Podría hablar más alto y con mejor dicción, pero no más claro. Hunde su dedo índice en la mejilla izquierda para señalar por dónde le entró la bala, justo donde conserva una cicatriz apenas perceptible: “Me entró por aquí y me destrozó la mandíbula y la lengua”. Tuvo mucha suerte.

Usted estaba amenazado. ¿Cómo recuerda el atentado?

—No me cogió de sorpresa, aunque no voy a decir que lo esperara. Llegaba a casa en el coche, con María Teresa, mi mujer. Salgo del coche y lo primero que veo es el orificio del cañón de

una pistola... y nada más. No vi quién disparaba, solo el cañón. Siento el impacto en la cara, me vuelvo sobre mi mujer, por ver si la protegía algo, y conservé la capacidad de hablar y de moverme. Es algo que todavía no entiendo cómo pudo ser de aquella manera, porque ni siquiera sentía el dolor por el disparo. Luego ya sí. Entonces, Teresa me dijo: —¿Qué ha sido eso? —Un tiro.

“Muchos vascos deberían reflexionar sobre la responsabilidad de haber sucumbido al miedo; estaba muy instalado en la sociedad”

“¿Casta? Yo soy de la casta de los que luchando contra Franco fui torturado y encarcelado, y luchando por la democracia ETA quiso matarme”

—¿Pero a quién?

—A mí. Entonces, conseguí subir al primer piso donde estaba la cocina. A partir de entonces, allí tumbado, fue cuando empezaron a bajar los elementos vitales. A pesar de todo, recuerdo que me pegaron el tiro, recuerdo que hice que Teresa llamara a mis hijos por teléfono, recuerdo cuando llegó la ambulancia, cuando me llevaron al hospital y, a partir de ahí, se nublan mis recuerdos. Me estaban operando, claro.

En efecto, cinco horas y media duró la operación quirúrgica. Según los médicos, el plomo le destrozó la mandíbula y los dientes pero esta circunstancia y la trayectoria de la bala evitaron males mayores. Si llega a afectar a otras zonas muy cercanas, el disparo era mortal de necesidad.

Tal vez la inexperiencia de quien disparó, el nerviosismo, el calibre de la pistola (del 22) o la perrita de José Ramón y Teresa que siempre ladraba cuando llegaban y que quizá asustó al miembro de ETA le salvaron la vida. “No es habitual que hicieran un solo disparo, lo normal era que te remataran. Sí, quizá se asustó”, afirma. La sentencia de la Audiencia Nacional de diciembre de 2012 condenó a Óscar Zelarain Ortiz como autor material del atentado, a Andoni Ote-

gi Eraso y a Juan Carlos Besance Zugasti como cooperadores necesarios, y a Francisco Javier García Gaztelu Txapote como inductor. Recalde no tiene excesivo interés en conocer a quienes intentaron asesinarlo. “Pienso que el culpable ha sido ETA, me da igual quién es el encargado de apretar el gatillo, para mí es lo mismo”.

¿Habría con quien le disparó?

—No me interesa nada. He tomado distancia con eso. ¿Qué le voy a decir?

Aquel año 2000 fue terrible.

—Sí, mataron, entre otros muchos, a cuatro de mis mejores amigos: Fernando Buesa, Juan Mari Jauregi, Ernest Lluch y José Luis López de Lacalle.

¿Cómo justificó ETA que quisiera matarle?

—En un comunicado (22 de septiembre de 2000) dijo que no había promovido el euskera, lo que es una falsedad absoluta, porque apoyé con racionalidad la enseñanza del euskera y a las ikastolas siendo consejero de Educación.

¿Qué secuelas le ha dejado?

—Me destrozaron la mandíbula y me lesionaron la lengua. Como secuelas, el habla y continuas infecciones que tengo regularmente. Ahora mismo vengo del médico.

¿Lo peor era el miedo?

—No tenía miedo, no es nada indeco-

roso que alguien tenga miedo ante los atentados contra su vida. Pero me habría avergonzado si hubiese cedido al miedo, si me hubiese alterado mi comportamiento. Lo que rechazo es que el miedo pudiera motivar comportamientos que impidan la decencia ante la responsabilidad pública. Sería concederle la eficacia a la violencia de ETA. Eso no lo he tenido, ni lo tuve ante la policía cuando me pegó. El miedo estuvo muy instalado en la sociedad vasca. Yo creo que todavía lo está. Muchos vascos deberían reflexionar sobre la responsabilidad de haber cedido al miedo en sus comportamientos.

Recalde se sabe un superviviente. Fue perseguido por Franco tras fundar en los 60 el Frente de Liberación Popular (conocido por Felipe). Alguna vez ha contado con cierta ironía que, mientras le torturaban, recordó una cita de Jean Paul Sartre, según la cual el torturador no puede resistir la mirada del torturado. Miró entonces a los ojos a quien tanto dolor le infligía con sus vejaciones. El policía, enfurecido, dijo *¿ahora se nos pone chulo?* y siguió torturándole con más saña. “Sí, mejor habría sido que quien hubiera leído a Sartre fuera él”. No hay duda de que Recalde destila un humor agrio.

Pasó un año en la cárcel tras un consejo de guerra. Ello no evitó que continuara su lucha antifranquista. Fundó con su mujer, Teresa Castells, la mítica librería Lagun, ubicada en principio en la Parte Vieja, donde vendía libros *peligrosos* para el régimen. “Sufrimos los ataques de los Guerrilleros de Cristo Rey, nos destrozaban el escaparate, nos amenazaban”. Recuerda que su mujer hacía huelga y participaba en piquetes –“a veces unipersonales”, dice con media sonrisa– contra los fusilamientos de Txiki y Otaegi, entre otras reivindicaciones. Pero después las cosas no fueron mejor. La librería pasó a ser objetivo de radicales de la izquierda abertzale, curiosamente con ataques muy similares, más feroces quizá. “Nos destrozaban todo y nos quemaban libros. Qué casualidad, siempre quemaban libros en euskera”, recuerda. Perseguido por Franco, por la ultraderecha, por la izquierda abertzale, por ETA... Es un superviviente nato.

–Sí, bueno. Eso me recuerda el chiste del campesino, que le preguntan: ¿usted ha vivido toda su vida aquí? Y él responde: hombre, todavía no.

De todos modos, el tiro en la boca parece una metáfora, le estaban diciendo ¡cierra la boca!

–Sí, cierto, tiene ese elemento simbólico. No lo consiguieron.

¿Cómo se vive siendo siempre objetivo de la violencia, de un signo y de otro?

–Yo lo he vivido con bastante tranquilidad. Impulsado por una motivación ética, que es la decencia. Un comportamiento decente como algo necesario para superar todo eso.

Sin embargo, nunca ha sido partidario de ejercer la violencia.

–No, nunca. Ni siquiera en el Frente de Liberación Popular, donde alguno

planteaba una disculpa teórica de los medios violentos, yo siempre me he opuesto, y además con éxito, a que triunfaran esas tentaciones. La violencia lo contamina todo.

¿Pero la oposición antifranquista no justificaba de algún modo la violencia y a ETA?

–Puede ser cierto, era un problema de modelos de la lucha antifranquista, no teníamos modelos. El socialismo francés era colonialista, jacobino, terrible. Tuvimos que construir, mal que bien, nuestro propio modelo.

El encuentro con José Ramón Recalde tiene lugar en un día primaveral, con Donostia convertida en una metáfora, sumergida en la placidez y reconfortante luminosidad aunque sus playas conservan aún las secuelas de las recientes riadas. Tras la tempestad, siempre viene la calma, pero, como en todo en la vida, conviene no olvidar lo que pasó y sus efectos, aún visibles. En 2004, cuatro años después del atentado, Recalde publicó un libro

de memoria más que de memorias, *Fe de vida*, que parte precisamente del instante en que recibe el tiro y en el que confiesa: “Todo lo que ha sido mi memoria se ha proyectado sobre un telón de fondo en el que estaba dibujada la violencia”.

“Acerté al iniciar el libro en el momento en que recibo el tiro, ese disparo fue la puesta en marcha de mi memoria”.

¿Cómo se construye la memoria?

–La memoria se irá construyendo o bien haciendo historia, y hay que ir a los historiadores, o bien recordando los sentimientos y acontecimientos. Hay muy distintos. Es bueno que todos esos planteamientos puedan confluir y puedan superarse criterios críticos para que se presenten como una memoria común. Es bueno que se vaya presentando una memoria común porque ayuda a superar un dato objetivo, que en Euskadi hay lo que antes se decía “dos comunidades”. No las hay, hay dos tendencias siem-

pre a doble comunidad y esa tendencia es mala, hay que buscar la confluencia de comunidades, aceptando que son diversas.

¿Cree que está la sociedad vasca dispuesta a la memoria y a saber la verdad?

–Todavía no.

¿ETA está derrotada?

–Sí, está derrotada de forma definitiva, pero ETA todavía no ha terminado de tomar conciencia de esa derrota. Cuando ETA habla de las víctimas de un lado y de otro... eso no tiene sentido. Las víctimas son de un lado. También ha habido comportamientos que debían ser castigados, y han sido castigados. Una de las víctimas, curiosamente, Juan Mari Jauregi [ex gobernador civil de Gipuzkoa], era uno de los que más persiguió a los asesinos de Lasa y Zabala, y luego lo asesinaron a él.

¿Es necesaria la derrota de ETA?

–Es absolutamente necesaria. No se puede estar tantos años modificando

artificialmente el desarrollo de la democracia como lo ha estado haciendo ETA. Debe haber una derrota integral: policial, política y social.

Recalde sigue viviendo en Igeldo, donde se produjo el atentado y de donde es también el alcalde de Donostia, Juan Karlos Izagirre.

¿Cómo se vive en territorio Bildu, cuando con un alcalde socialista tenía que llevar escolta?

–Pues con la tranquilidad de estar viviendo en una sociedad sin la violencia asesina de ETA. No me gustan muchas cosas de Bildu y lo vivo con la rabia que me entra a veces porque me parece poco lógico lo que está pasando, pero han ganado las elecciones. No voy a extender a Bildu el recurso a la violencia que protagonizó ETA.

Terminada la conversación, a José Ramón Recalde no se le ha secado esa boca agujereada. Apenas ha bebido un par de sorbos a la cerveza que ha pedido a los pies de Igeldo. ●



José Ramón Recalde pasea por la playa de Ondarreta de Donostia tras la entrevista.

“Ahora me tendrían que convencer de que es bueno un pacto PNV-PSE”

Pertenece usted a la rara especie de intelectuales comprometidos con la política.

–Soy de la especie de los que ponían como primer problema intelectual el compromiso, el *engagement* francés, que lo heredamos tanto los cristianos de izquierda antifranquistas como los marxistas. Es un compromiso moral con la política, uno tiene que estar comprometido. Eso es lo que le lleva a uno a actuar en política.

Fue consejero en los gobiernos PNV-PSE, pero después ha sido muy crítico con esos pactos.

–Es algo en lo que no coincidí ni con miembros del PNV ni con otros del PSE. Ramón Jauregui todavía se enfada conmigo cuando hago una crítica retrospectiva al gobierno de coalición. Jauregui es para mí un

gran amigo y un buen político, honrado, pero después de haber ganado las elecciones, por asegurar el gobierno, aceptamos que el lehendakari fuera del partido que no había ganado y esto nos metió en un mal camino. Yo lo que le reprocho a Ardanza es que habiendo quedado segundo le nombraron primero y él lo aprovechó para alterar el equilibrio, haciéndole renunciar al PSE a objetivos fundamentales. Él lo verá como un elogio pero yo no.

¿Y ahora cómo vería un acuerdo socialistas-nacionalistas?

–No sé si lo volvería a repetir. Para el futuro, me tendrían que convencer otra vez. En principio, no veo clara esa alteración. Me tendrían que convencer de que eso es bueno para los ciudadanos de este país.

¿Cómo ve al PSOE?

–Desde mi pertenencia al partido, no estoy en edad de tener una función activa continua, pero pienso que el Partido Socialista tiene que vencer las inercias. El desprestigio de los partidos fundamentalmente se debe a la crisis económica, y también hay una corrupción importante, que es indignante. Pero la crisis es lo que da entrada a otras fuerzas que amenazan la función decisiva que deberían tomar los partidos grandes, tanto en España con el PSOE y el PP, como en Euskadi con el PNV

¿De ahí surgen fenómenos como Podemos?

–Es imprescindible analizar lo que ha pasado. No es tanto por un desprestigio moral de los partidos como por una crisis económica que ha ocasionado daños importantes que

han puesto en quiebra el sistema y el bipartidismo actual. No quiero decir con eso que sea bueno el bipartidismo, sino que también es bueno que haya alternancias.

En 1995, o sea hace veinte años, escribió un libro, *Crisis y descomposición de la política*. Era premonitorio...

–No sé si premonitorio. Lo que me produce es por un lado una sensación agri dulce porque algunos de los problemas de crisis que denuncié allí se han ido produciendo, más o menos, que tampoco soy el gran profeta, y también porque, en la medida que se han ido produciendo, a uno le entra la vanidad personal de cómo he acertado.

¿Usted pasaría por ser de la “casta”?

–Me parece absurdo. Más en mi caso. Yo, entonces, pertenezco a una casta de los que luchando contra Franco fui detenido, torturado y condenado por un consejo de guerra, y luchando por la democracia he sufrido un atentado contra mi vida por parte de ETA. –E. Santarén